VIII

Una antigua conocida

Lo más espero que venga la señora para marcharme, decía un negrillo joven de veinticinco años, á una muchacha que cosía sentada á la puerta de un rancho situado en la falda occidental de los cerros de Cucha.

—Pues poco ha de tardar: aunque yo me figuro, Carmen, que te vas á volver como te fuiste.

—Nada, dijo Carmen, acabando de cargar una vieja escopeta de dos cañones, yo te aseguro, Dominga, que mañana á estas horas, si Dios es servido, ya se está secando aquí la pielecita del tigre.

—Dios lo haga, que ya se ha llevado de aquí dos borreguitos, y anoche, cuando salí á ver mis gallinas, por allí andaba *pujando*.

— Y además, que por el pellejo bien me darán cualesquiera dos pesos, amén de que mi compadre Diego, el que vive en el rincón de Taracatio, me ha ofrecido una gala si mato el animal, que el otro día le ha desgraciado un potrillo, tan chulo que no más. ¡Mal ajo con el animalito, y qué dañero que ha salido!

— ¿Pero dónde le vas á topar hora?

— Aquí no más, allá me voy arroyo arriba, hasta aquellos cuirindales muy altos y muy verdes que están en la barranca del Tamarindo; que allí me dijo señor Nicolás el caporal que baja el tigre al agua.

— ¿Y no te llevas los cachorros?

— A la fuerza, vaya; ¿pues cuándo no?

— Ahí viene la señora, dijo Dominga.

— Buenas tardes, señora Margarita, dijo Carmen á una mujer que se acercaba.

— Buenas tardes; ¿adónde vas? contestó aquélla; ¿vas ya á ver al tigre?

— No más á su mercé esperaba para llegar á mete sol al aguaje.

— Bueno, bueno; mucho cuidado, no te vaya á suceder algo.

— No se apure su mercé, vámonos, Temeroso, Temeroso, — Paloma, Paloma, Paloma.

Dos perros pequeños y flacos salieron del rancho, y á poco apareció moviendo la cola otro más chico.

— ¡Ah! ¿tú también quieres ir, Chupamirto? Pues vámonos.

El negro se puso la escopeta en el hombro, y empezó á caminar entre sus perros, que saltaban alegremente.

La señora Margarita, como nuestros lectores habrán sospechado, era nuestra antigua conocida, la madre de Alejandra.

¿Cómo había venido á dar allí?

Nadie lo sabía: lo único que averiguaron los curiosos, porque también en los ranchos hay curiosos, era que un día una mulatita muy pobre y muy cansada, vino á pedir posada en aquel rancho, que era de un matrimonio de viejos; que se enfermó allí, y fué quedándose y ganando el cariño de aquella pareja, hasta que, muriendo uno y después otro, y no teniendo hijos, la habían dejado de única heredera.

Margarita, pues, era propietaria.

Margarita tendría treinta y dos años, y aún conservaba la gracia de la juventud, á pesar del profundo tinte de melancolía que se descubría en sus facciones.

No había una arruga en su rostro, ni una sola cana en sus cabellos.

Muchos rancheritos habían bebido por ella los vientos, pero ninguno podía gloriarse de haber obtenido ni una esperanza.

La tarde había expirado.

Carmen caminaba seguido siempre de sus perros; no más que como desde el rancho habían hecho ya una larga tirada, llevaban las orejas y la cola inclinadas.

El cazador estaba muy cerca ya del lugar del acecho.

Seguía distraído por toda la orilla del arroyo, como le había dicho á Dominga, cuando á lo lejos escuchó en medio del silencio un grito.

Era el grito de un pasajero extraviado. Los hombres de por allí tienen para llamarse entre la selva un grito particular que no puede equivocarse con otro; y el que Carmen oyó no pertenecía á esta especie; era, por decirlo así, un grito «forastero», como llaman ellos á todo el que no es de la tierra.

—¡Alabado sea Dios! dijo Carmen: algún forastero que se ha descaminado; le buscaremos. Vamos, Temeroso, vamos.

Las perros levantaron la cabeza, y tomaron decididamente un rumbo.

Otro grito se dejó oir.

—Pues será cosa de cuidado, pensó Juan.

Y animó á los perros.

Pero no era necesario; los tres comenzaron á hacer su marcha más veloz, lanzando de cuando en cuando pequeños aullidos.

Carmen, acostumbrado á caminar por las montañas, los seguía, corriendo por el bosque.

De repente, al llegar á una pequeña planada, los perros se lanzaron á la carrera, ladrando, y de unas peñas se desprendió un enorme tigre, poniéndose en fuga.

Hay en el tigre una particularidad, la excesiva delicadeza de oído.

Cualquiera que no haya visto la caza de este animal se supondrá, fundado en esos fantásticos cuadros y grabados que nos envían los franceses, que es necesario llevar soberbios lebreles, arrogantes caballos, espadas, fusiles, lanzas, y en fin, sostener terribles combates.

Nada menos que eso.

La astucia ha triunfado de la fuerza.

El tigre es valiente y fuerte; con un golpe sólo de su pujante garra es capaz de derribar un caballo.

Es ligero y ágil más que un venado.

Pero en cambio la delicadeza de su oído le pierde.

Los cazadores de tigres llevan dos ó tres perros pequeños, cuyo ladrido es agudísimo.

El tigre se siente tan penosamente afectado cuando estos perros le rodean y le ladran, que huye sacudiendo la cabeza y acobardado, hasta encontrar un punto en donde treparse.

Entonces está como dicen los cazadores, *encaramado;* allí sería una locura atacarle; pero rodeado de los perros, no se atrevería nunca á bajar, aunque viera á sus pies al hombre.

En esta situación, el cazador más torpe puede estar seguro de plantarle una bala en la cabeza ó en el corazón, y es negocio terminado.

Carmen se puso en seguimiento del tigre, con esa ansiedad de todos los cazadores cuando descubren la pieza, y no advirtió el grupo que á su derecha formaban dos hombres, sentado el uno en tierra y como desmayado, y el otro sosteniéndole hincada una rodilla.

Eran Jorge y Murillo.

Jorge, casi loco, con la fiebre de la herida.

Murillo rendido: había traído á su amigo hasta aquel lugar, y habían caminado dos días en el monte.

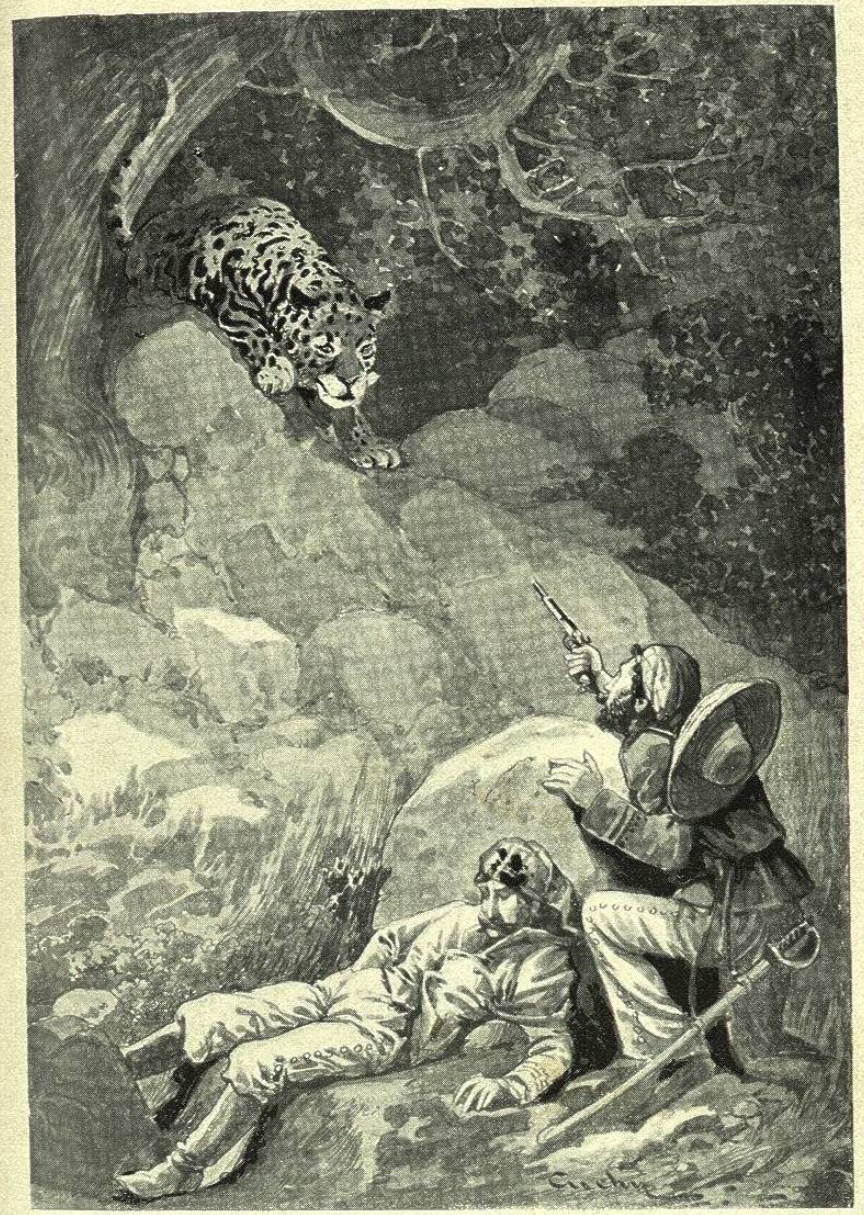
Jorge estaba sin conocimiento: Murillo sintió entre las hierbas *pujar* un tigre, y se puso en guardia.

El animal apareció y comenzó á dar vueltas, *pujando* alrededor de los oficiales; de cuando en cuando se detenía á contemplarles, moviendo la cola, como un gato que está contento.

Murillo, en una de estas veces, le apuntó con la pistola, pero el tiro no salió; la terrible humedad del bosque había perdido la carga.

El tigre hizo un movimiento para arrojarse sobre él; pero Murillo lanzó un grito agudo, y el animal se retiró. Este fué el primer grito que oyó Carmen.

Volvió Murillo á probar la pistola, y volvió á faltarle por segunda vez; y ya se creía perdido, cuando como en-



El tigre hizo un movimiento para arrojarse sobre él.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

viados por Dios, salieron de entre las ramas los perros, y el tigre se puso en fuga.

Estaba reflexionando en aquella casualidad, á que debía la salvación de su vida, cuando oyó un tiro, y luego otro: el tigre debía estar muerto, y el cazador estaría pronto allí, porque cerca de ellos había dejado su sombrero, que se le cayó al comenzar la persecución del tigre.

Así sucedió: Murillo esperó poco tiempo; Jorge algunas veces estaba insensible y silencioso, y otras deliraba.

Por fin Carmen apareció.

Los perros fueron los primeros que notaron la presencia de los oficiales, y comenzaron á ladrar, pero de una manera bien distinta de como lo habían hecho al ver al tigre.

Carmen vió á Jorge, y se dirigió á él sin alarmarse; por allí los hombres ni se desconfían ni se temen.

— Amigo, ¿qué anda haciendo por aquí á estas horas? dijo el negro.

— Amigo, somos oficiales del coronel Romero, que hemos sido derrotados...

— ¡Derrotados!

— Sí, en Papazindan.

— ¿Y el Coronel?

— Prisionero.

— ¡Alabado sea Dios! ¡y qué pesadumbre para la señora cuando lo sepa! Pero ¿cómo fué eso?

— Ya se lo contaré después; pero antes ayúdeme á llevar á este compañero, que le traigo muy mal herido.

— ¡Malhaya! ¡pobrecito! Amigo, dijo Carmen inclinándose.

— No puede ni hablar, observó Murillo; casi cargando le he traído por todo el camino y sin comer; estoy rendido, no sé qué hacer.

— ¡Pues bonito apuro! le llevaremos á la casa de la señora...

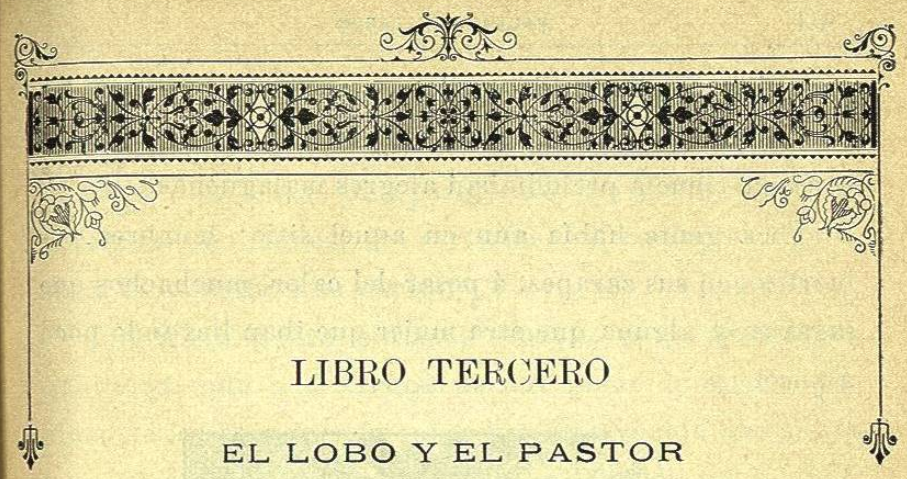
— ¿Está cerca?...

— Dos ó tres leguas.

— Pero él no puede andar, y yo ya no tengo fuerzas para cargarle.

— Para eso me dió Dios á mí buenos lomos: vaya, ¿le había yo de dejar así? A ver, vámonos, que quiero ir por una mulita para llevarme el tigre, que de milagro no se los ha comido.

Murillo ayudó á levantar al herido; Carmen se le cargó con ayuda de su zarape, y echaron á andar, abriendo la marcha los perros que llevaban todavía erizado el pelo del lomo; indicio de su reciente cólera con el tigre.



LIBRO TERCERO

EL LOBO Y EL PASTOR

I

El Fandango

Vamos á llevar á nuestro lector al mismo pueblo de San Luis, donde comenzó á tener relaciones con los personajes de nuestra historia, ó hablando en términos más cultos, donde tuvimos el honor de presentarle á Alejandra, y á quien suponemos que no habrá olvidado.

Como los acontecimientos están pasando por los mismos días, suponemos también que al decirle que es de noche, no habrá necesidad de agregarle que hay luna, pues tantas cosas ha visto ya á su luz en los alrededores de Zitácuaro.

En un espacioso palenque, que durante la tarde servía